

IDENTIDAD Y RELACIONES AMOROSAS

"Hay que correr mucho para permanecer en el mismo lugar"

Al otro lado del Espejo

Lewis Carroll

Azucena Romo.

Las mujeres despertaron un día y encontraron que habían sido nombradas, definidas, categorizadas, por otro; representaban la otra cara del poder que las había adjetivado. Si habían sido construidas podían interpretarse y problematizarse, hasta edificar un ethos en donde poder expresar su propia realidad; de esta manera, se fueron convirtiendo en sujetos.

Enfrentadas a una identidad prefabricada, las mujeres tomaron conciencia de que vivían en precario; representaban la irrealidad, la seducción, el simulacro, el artificio; en contraste con un sujeto que podía poner en duda todo, menos su status de "ser"; sujeto monolítico, genérico, dominante, creador de leyes e instituciones, diseñador del orden, sujeto de poder-saber. Al pensarse y recobrar la palabra, las mujeres desafiaron dicho poder para emprender la tarea de nombrarse, de reinventarse como existencia, como proyecto, arriesgando con ello, la seguridad que les brindaba una definición esencializada, calificada eufemísticamente como "eterno femenino. Al desustancializarse, las mujeres, sumidas en la indefinición, tuvieron que pagar el precio de la angustia, de la incertidumbre que representa el vivir entre fronteras, provisionalmente, eligiéndose y reinventándose constantemente.

Las mujeres descubrieron dentro de este proceso, que a medida que se despojaban de las máscaras diseñadas por otros, por un lado, redescubrían en su desnudez el contenido de sus cuerpos, descubrían su placer hasta engolosinarse con él; pero, por el otro lado, no encontraban debajo de su desnudez, nada que se pudiera considerar: la "verdadera mujer", ni la "verdadera identidad". Como sujetos de deseo y sujetos de discurso, desmitificaron universales tales como: el yo, el poder, el amor y la felicidad, sobre la que descansaba su identidad prefabricada.

Al asumir las mujeres su papel protagónico, en tanto narradoras de su propio cuerpo y de su propio deseo y de su propia historia, se desconstruyen como simples objetos de deseo, constituyendo un nuevo saber-poder que provocaba el "Gran Des-orden", el "Gran Escándalo", porque el mismo sujeto masculino, protegido hasta entonces por la muralla de una neutralidad genérica, se veía amenazado: "mayor des-orden es imposible" (J. Lorite Mena, **El Orden Femenino**, Anthropos, p. 11, España, 1987).

Esta reubicación de las mujeres en el mundo, las ha enfrentado a situaciones hasta ahora inéditas, lo que no les garantiza la liberación sin más; paradójicamente, encuentran que son prisioneras tanto de ancestrales referentes, aún en pie, como de relatos recientemente creados, pero, igualmente extraños a sus propios intereses. Lo que demuestra que, por un lado, las mujeres no hemos aprendido, todavía, a crear formas de vida verdaderamente innovadoras y liberadoras y, por el otro lado, que la libertad es una tarea siempre relativa, por tanto, inconclusa.

Entre las viejas palabras que las mujeres han de redefinir, en su nueva posición de productoras de significados, requiere una atención principal el amor, puesto que es a partir de este concepto que a las mujeres se les confirió su principal significación. El amor ha de ser rescatado de connotaciones

represivas, normalizadoras, desublimadas, banales y aun sacrificiales, para devolverle su carácter lúdico, potenciador, creativo y liberador. Batalla que como muchas otras, a fin de milenio, se ha de librar, principalmente, en el ámbito de la ética. La que ha de moverse más allá de la dialéctica del amo y del esclavo, producto de una ideología centrada en un sujeto masculino poderoso de naturaleza perversa, cuyo correlato es la mujer-naturaleza-carne-pecado, castrada, deudora de una identidad que se deriva de la imagen del amo, que la crea y la controla.

El feminismo entendido como crítica a la cultura autoritaria, desmitificador de la cultura patriarcal, toma el nombre de "Feminismo de la Sospecha", ya que en múltiples momentos sigue las líneas de análisis, tanto de Nietzsche como de Foucault. De Nietzsche toma su crítica a la moral del resentimiento. La influencia de Foucault se adopta, sobre todo, con respecto a su conceptualización del poder, concebido como un campo de fuerzas de gran dinamismo, cuya condición de posibilidad es la libertad; circunstancia que da cabida a la resistencia, como su correlato (Cfr. "El sujeto y el Poder" en **Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica**, Hubert L. y P. Rabinow, UNAM, 1988)).

El Feminismo de la Sospecha problematiza los roles sexuales, tanto femenino como masculino, como productos de la configuración del lugar estratégico que el poder otorga a unos y otras; posición más o menos privilegiada que crea desajustes tales, que generan una postura crítica (Cfr. Rosa Ma. Rodríguez Magda, **Feminismo , fin de siglo**, Ed. Barcelona, 1994). El concepto de amor, redefinido por todo tipo de feminismos, es sinónimo de sexualidad, entendida ésta en su máxima extensión, por tanto, no reducible a la genitalidad; energía vital, que en término de H. Marcuse, siguiendo la línea de pensamiento de Freud, es definida como: "todo aquello que tiende a crear unidades de vida cada vez mayores "; por tanto, la redefinición de la sexualidad hecha por el feminismo, a fin de milenio, se declara en contra de lo que a juicio de Finkelkraut, coincidiendo con Foucault, nuestra cultura propone como sexualidad: un conjunto de conductas programadas pieza a pieza, a través de un orden

que fija el deseo, con el fin de ejercer sobre éste un mayor control (Cfr. **El Nuevo Desorden Amoroso**, Anagrama, Barcelona, 1988, p.51).

El margen de movilidad y libertad que las mujeres han alcanzado, les permite realizar una relectura de la cultura, "desde otro lugar". Situación que se expresa al dismantelar las valoraciones de las virtudes que se les adjudican; lo que permite una redefinición de sus funciones y de su identidad. Cuidando al mismo tiempo, de no caer en las trampas de nuevas definiciones ; porque como antes vimos, hombre y mujer sólo "son puntos en una estrategia de poder", (Rosa Ma. Rodríguez Magda, op. cit.) por demás móvil.

La Ética de la Dependencia es la encargada de perpetuar los mitos que nos imponen modelos prefabricados de feminidad y de masculinidad, a través del llamado "amor romántico". Este tipo de amor refuerza los conceptos de amor y felicidad eterna, entendidos con carácter de absolutos. Instancias escapistas que promueven los celos, la inseguridad, la idealización y la fantasía; todo lo cual lleva a percibir la realidad por medio de imágenes distorcionadas; vía segura al fracaso (Cfr. Irving Singer, **La naturaleza del Amor**, t. III, S. XXI, Méx., 1992 , pp. 434-35).

El "amor romántico" es considerado por Irving Singer como "inmaduro", con lo que coinciden feministas como Christine Feldman (Cfr. **Awake Women** , Arkana, London1990), debido a que despierta la necesidad compulsiva de vincularse con otra persona; actitud de un yo que se siente amenazado y empobrecido, propio de una personalidad adolescente. Este tipo de amor representa la búsqueda de un ideal del yo, una encarnación de la perfección, que busca la fusión con otra persona, sustituta o compensatoria de la separación de los padres. Dicha necesidad de ser completado por otro, lleva a la fijación obsesiva, patológica, en otra persona ; siendo la fusión con el otro la única

posibilidad para escapar al "vacío" y encontrar sentido y significación a la existencia. Si bien el amor nos confiere valor (Cfr. Singer, op. cit), en el caso del "amor romántico" el precio de ser significado implica vivir una vida vicaria y borrada: vida a medias.

El "amor romántico" está inscrito dentro de la lógica de la Ética de la Dependencia, según la cual, la práctica de las "verdaderas" virtudes femeninas dan a las mujeres el status de aceptabilidad y legitimidad; la amabilidad, la ternura, la generosidad, la inconciencia, la pureza, la debilidad y la sumisión, las convierte en seres significativos para el otro; la práctica de dichas virtudes las hace acreedoras a ser rescatadas o salvadas de la mezquindad de la propia existencia. De tal suerte, la identidad de las mujeres es doblemente precaria: por estar basada en la dependencia y por que sus "virtudes" son esencializadas, pasando por "natural", lo que es construido por la cultura. De tal suerte, que la identidad de las "heroínas" es una identidad descubierta por el otro, "el héroe", no construida, ni inventada o conquistada por las mujeres mismas. Siendo así, se trata de una identidad frágil, precaria, de baja autoestima: pende de la mirada del otro.

La fusión, o la unicidad en el otro, que busca la personalidad adolescente de algunas mujeres que se refugian en el "amor romántico, se entiende porque el amado representa la personificación de "La Mirada", así como de todo lo que ellas anhelan ser; significa una actitud escapista, puesto que en lugar de afirmar la propia identidad, propicia la pérdida de sí mismas en el otro, sacrificando los propios intereses, particularidades y deseos. Dicho amor termina por crear, a juicio de Freud, una relación sadomasoquista, así como la esclavitud (citado por Singer, op. cit.).

El correlato de los mensajes del "amor romántico" se sintetizan en que para poder ser salvadas las mujeres, han de entregarse incondicionalmente; asimismo, han de conservarse eternamente bellas,

eternamente débiles, eternas menores de edad. Tan pronto son salvadas, son completadas, íntegras, lo que depende de una acción externa, como gracia otorgada por el otro. Siendo, por tanto, la espera requisito de la identidad. Esperamos ser rescatadas, miradas, salvadas, completadas. "Esperamos: ser elegidas, tener marido, ser defendidas, ser pedidas en matrimonio, ser embarazadas..."(Christine Feldman, op. cit).

La Etica de la Dependencia que permea toda nuestra cultura, influye aún en la personalidad de mujeres consideradas "exitosas" o "realizadas". Las nuevas Cenicientas y Bellas Durmientes son las "superwomen"; aquéllas que realizan todos los roles que la cultura les ha diseñado y les ha hecho anhelar, para alcanzar los niveles propios de la "verdadera mujer". En consecuencia, las mujeres viven, actualmente, prisioneras de nuevas ficciones: el éxito, la realización personal, la independencia, la productividad, el orgasmo ilimitado, "la nueva felicidad"; todo lo cual las legitima ante los otros, haciéndose merecedoras del amor; exorcizando con ello el "Nuevo Mal": la soledad y el fracaso, los que generan otro tipo de pecado y otro tipo de culpa. El terror a la soledad, según Ch. Feldman (op. cit.), constituye una de las principales preocupaciones que las mujeres han de sortear día con día; la angustia ante la soledad lleva a las mujeres a hacer lo imposible por desaparecer los espacios vacíos de sus agendas (op. cit.). Nos hemos liberado del enclaustramiento de nuestros propios cuerpos, hemos recuperado la palabra, nos hemos volcado hacia el exterior haciéndonos productoras, más o menos bien remuneradas, con ello acreedoras al reconocimiento social; pero aún no hemos aprendido a existir "de otra manera"; sólo hemos sustituido unos tipos de enajenación por otros.

La Etica de la Dependencia se dice de varias maneras. Podemos referirnos a ella como Etica Sacrificial, es decir, la ética fundada en la renuncia de sí mismo. Es una ética que propicia la perpetuación de la minoría de edad, a través de "virtudes" femeninas o pseudovirtudes; genera la

adicción al reconocimiento, a la auto- degradación, a la auto-negación; de manera que, los "sujetos" fácilmente se convierten en nadie, en extensión de los otros, en sombras , en simples comparsas. El sentimiento de incompletud y de inadecuación que fomenta hace caer fácilmente, en presas del miedo, con el que se ha de negociar constantemente. Lo que se pierde en dicha transacción es la dignidad y el respeto.

La Etica no Sacrificial, es la ética propuesta por Lipovetsky como "crepúsculo del deber" . Rechaza el deber como su fundamento ; en contra del deber austero, maniqueo, dogmático ; es una ética que enfatiza el interés, el deseo, los derechos individuales, la autonomía y el placer; lo que permite, tanto dar una nueva connotación de amor, como de felicidad y de poder. Dicha ética está centrada en el amor a sí mismo, lo cual no implica ni anarquía, ni egoísmo o individualismo irresponsable (**Crepúsculo del Deber**, Anagrama, Barcelona, 1994). Hemos de recordar, la diferencia que hace Rousseau entre amor propio, egoísmo ; y amor de sí, practicado por quien tiene una alta estima de sí, tanto, que lo impulsa a la magnanimidad. Esta ética está fundada en los derechos humanos, clave de bóveda para el funcionamiento de las instituciones justas y eficaces. Por todo esto, es que tal ética podría ser llamada "Etica de la Dignidad".

Para Lipovetsky la liquidación de los valores sacrificiales, la culpa, el dolor, el heroísmo, el sacrificio, culmina con la desvalorización del ideal de abnegación. El respeto a nosotras mismas y a los otros no implica mutilación , ni obligaciones difíciles. La Etica no Sacrificial, o de la Dignidad , desplaza el deber como fundamento de la ética , para colocar al derecho en su lugar. El deber es sólo el correlato del derecho, con lo cual deja de ser la obligación moral algo impuesto desde fuera. El hecho moral fundamental es el derecho. Por tanto, "el deber escrito con mayúscula se ha miniaturizado" (op. cit., p. 47) .

Para entender de qué manera la dignidad es recuperada a través de la Ética no Sacrificial, propuesta por Lipovetsky, hemos de recurrir a J. A. Marina, quien explicita la ética basada en los derechos humanos (**Ética para Náufragos**, Anagrama, Barcelona, 1994). Esta ética anti-autoritaria tiene por referente mayor al individuo responsable. Los derechos representan lo que todo individuo desea ejercer, dado que no son cosas, sino posibilidades, fuerzas o poderes morales: "facultad moral que cada uno tiene respecto a las cosas que le son suyas o que le son debidas tener" (op. cit. p. 102); los deberes son hormas: correlato de los derechos. Mientras que los derechos los queremos por sí mismos, los deberes los queremos sólo como medios para alcanzar un derecho; son obligaciones o implicaciones inevitables de un derecho (Ibid). Los derechos no son propiedades reales, sino posibilidades vividas en primera persona: "deseo tener lo mío", "lo que me es propio". "Quiero ser dueña de mis acciones, de mi elección". De aquí se deriva el concepto de persona, entendida como una "realidad que se pertenece en propiedad" (Ibid., p. 105). Por otra parte, el derecho siendo una fuerza, no se funda en la poder del sujeto, sino que se deriva del reconocimiento de la comunidad. Tenemos que contar con los otros para poder ejercer nuestros derechos y gozar de ellos. Se trata de realidades mancomunadas, recíprocas. Esta última característica es lo que para Marina hace de esta ética una ética universal: todos consideramos como bueno el tener derechos.

La Ética de los Derechos es Ética de la Dignidad porque tiene dignidad aquél que ejerce sus derechos. Pero, más que poseer derechos, somos conferidores recíprocos de éstos. En esta forma apunta hacia la igualdad.

Consecuentemente, apoyadas en la Ética de la Dignidad, las mujeres al plantearse su identidad, hacen deslizar la pregunta de ¿quién soy? a la pregunta sobre ¿qué me pertenece?. Al reconocer lo

que "nos pertenece", estamos confiriendo a los otros lo que les pertenece ; estamos reformulando las relaciones humanas y con ello las categorías fundamentales que las atraviesan: el amor y el poder.

La identidad de las mujeres, en posesión de sus derechos, las convierte en poderosas. Si analizamos las demandas hechas por todo tipo de feminismos, encontramos un elemento común: la reivindicación de sus derechos: a la vida, a la libertad, a la felicidad, al placer, a la palabra ...De esta manera nos insertamos en la red de fuerzas a las que alude la concepción foucaultiana del poder. A partir de este nuevo posicionamiento de las mujeres en el mundo, en posesión de lo que les es propio, de su dignidad, pueden imaginar no sólo su identidad con una mayor libertad, con un más amplio margen de creatividad, hasta convertirla en el acto lúdico por excelencia; sino que también están en condiciones de establecer nuevas relaciones con el mundo, con los otros.

Así como la identidad se desustancializó debido a la movilidad de nuestra subjetividad dentro de un más amplio espectro de libertad; el poder también se desustancializa. Deja de ser considerado una cosa poseída, para traducirse en fuerza moral, en dignidad, en derechos recíprocos. Por último, el amor también se desencializa, porque no existe algo que podamos llamar "el verdadero amor". El amor es de tal diversidad, como bien señala I. Singer, (Cfr. op. cit.), que su complejidad está dada por la diversidad de sentimientos; hay tantos tipos de amor como hay hombres y mujeres y de posición de éstos en el mundo. Por otra parte, si amar es conferir valor , ésta valoración tiene como condición de posibilidad nuestra propia valoración como personas, es decir, nuestra dignidad .

El amor permite romper las barreras de nuestra propia identidad, pero lejos de pretender la fusión o la unicidad, hasta perdernos en el otro, el amor como liberación nos enriquece al tener acceso a otra identidad, porque lo que está en juego es el compartir identidades independientes, autónomas. Por

tanto, el amor ha de contemplarse como interdependencia y no como dependencia hostil y degradante. Dicha interdependencia centrada en la libertad, es el resultado de una elección y no de una necesidad infantil (Cfr. I Singer, op. cit. p. 478). El amor entre iguales, que se manifiesta al conferir valores recíprocos, logra enriquecer a los amantes, agrandándose ambos a través del otro; en vez de permanecer enclaustrado en "su propia celda", pueden, a través del amor, participar de la existencia del compañero (Ibid., p. 489).

Señala Nietzsche en **la Genealogía de la Moral**, que todos tenemos la condición de deudores, es decir, que la relación deudor-acredor es el vínculo primero y más antiguo entre los seres humanos; de dicha relación se derivan términos tales como la culpa, el castigo, la obligación, la generosidad, la obligación, etc.. Agrega, que es en torno a esta característica humana fundamental, que surgen las dos éticas: la del esclavo y la del amo. La primera, la "ética del débil", del resentido, está sujeta a la ley de la retribución igualitaria, al principio de equivalencia, a la ley del talión: "ojo por ojo...", como definición de justicia; mientras que la "ética del amo", por el contrario, debido a su fortaleza y nobleza, es la ética de la generosidad, porque el amo se encuentra en condiciones de liberar al deudor. El signo de su naturaleza es la sobreabundancia, el exceso de poder. Por tanto, su ética no tiene lugar para la culpa, la revancha, el pecado, el castigo. La generosidad que ejerce el amo está guiada por la superabundancia, por el arte de dar, en donde el don, más que retribución, genera la capacidad de producir nuevos regalos.

Siguiendo la línea de pensamiento Nietzscheana, efectivamente todos somos deudores, en tanto somos seres relativos. Estamos en relación con la naturaleza, con Dios, con los otros. Somos deudores de la vida, de la mirada y del reconocimiento del otro; nuestro carácter de deudores es extensivo a toda relación humana. Por otra parte, si consideramos que la Ética de la Dignidad nos potencia, entonces, a diferencia de lo que ocurre con la práctica de la Ética de la Dependencia,

ejercemos el amor con plenitud, porque lejos de sentirnos carentes, somos sujetos que viven en la sobreabundancia ;siendo así, el amor no demanda ganancia , no está regido por la lógica mercantil, del "debe" y el "haber": la ganancia es diferida con el objeto de perpetuar indefinidamente la circulación del dar, es decir, del amor.

En suma: la identidad que nos permite no sólo saber quiénes somos, sino también qué nos pertenece, nos lleva a una existencia en plenitud, dotándonos de poder, a través del ejercicio de nuestros derechos , en tanto poderes morales, traducidos en efectos reales: la vida, la libertad, la felicidad, el placer, etc.; siendo así, la reformulación que el Feminismo de la Sospecha hace del amor inscrita dentro de la Ética de la Dignidad, traducida en Ética Libidinal, representa "El Nuevo-Orden". De manera que, al desesencializar la realidad, a través de la redefinición del amor, del poder, de nuestra propia identidad, gracias a la Ética de la Dignidad, Ética Libidinal, nos convertimos hombres y mujeres, en lo que para Nietzsche representa el superhombre, "en derrochadores de mil manos": he aquí "El Gran Escándalo".